



VOLOSUYK, Olga (Coord.): *Diplomáticos rusos en España. 1667-2017*. Moscú: Mezhdunarodnye otnoshenia, 2016, 672 págs. ISBN: 978-5-7133-1557-3.

Jorge Pajarín Domínguez
Universidad Rey Juan Carlos

El pensador y filósofo español, José Ortega y Gasset, señaló que Rusia y España son «dos naciones históricas en ambos extremos de la gran diagonal europea», imprescindibles ambas para comprender la identidad europea. Y esta parece ser la filosofía que inspira *Diplomáticos rusos en España. 1667-2017*, una obra colectiva redactada por un grupo de hispanistas rusos de entidades tan prestigiosas como la Universidad Nacional de Investigación “Escuela Superior de Economía”, la Universidad Estatal de Moscú Lomonosov o el Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de Rusia, entre otras: Ala Borzoba, Leila Bukharmédova, María Karaúlova, Raisa Karajánova, Tatiana Koval, Vera Malay, Ígor Médnikov, Alexánder Sagomonyan, Alina Shcherbakova, Vladímir Védiushkin, Olga Volosyuk y Ekaterina Yúrkich, quienes han sido responsables, además, de la primera edición completa de la *Historia de España* en ruso, cuyos dos volúmenes fueron publicados en 2012 y 2015.

Diplomáticos rusos en España. 1667-2017 se ofrece en una edición bilingüe en ruso y español, útil tanto para el investigador como para el lector interesado, que aborda la historia en común de Rusia y España a partir del servicio de los diplomáticos rusos en nuestro país desde el siglo XVII hasta el XXI, tal y como se señala en la introducción: “en sus vidas se reflejó la trayectoria de la política internacional y del pasado europeo y ruso. Sus biografías representan una narración sobre quiénes crearon, mantuvieron y desarrollaron la tradición de la escuela diplomática rusa y soviética. En su actividad se cristalizó la continuidad histórica de la diplomacia rusa, se marcaron sus rasgos característicos y sus principios”.

De esta manera, el libro aborda la vida y actividad diplomática de los 32 embajadores rusos que han servido en España. La comparación de sus informes y vidas, narrados de manera separada y siguiendo un orden cronológico, nos permite constatar la especificidad de los caracteres e intereses nacionales de ambos Estados, así como los rasgos comunes de la mentalidad europea, sobre todo en un contexto en el que, a partir de 1667, Rusia se incorpora al concierto europeo para no abandonarlo jamás. Sus testimonios, espejos de cada una de sus épocas, reflejan la dinámica de las relaciones entre Rusia y España hasta nuestros días y los autores de la publicación lo han sabido captar de una manera asombrosa en la redacción de cada una de las embajadas rusas que ha habido en España.

Es cierto que las primeras embajadas rusas en la Corte de la Monarquía Hispánica, encabezadas por Piotr Ivánovich Potiomkin (1667-1668, 1681) y Yákov Fiodorovich Dolgorúkov (1687-1688), ya habían sido estudiadas en nuestro país por Domínguez Ortiz o Fernández Izquierdo, descubriéndonos la manifiesta indiferencia por parte de la Corona española a las propuestas rusas y el mutuo desconocimiento entre ambos países. Pero *Diplomáticos rusos en España. 1667-2017* nos revela, de acuerdo a la documentación trabajada –como las instrucciones del zar (*Nikaz*) o los informes resultantes– el respeto y conocimiento que tenían los legados moscovitas por el ceremonial y el modelo cortesano imperante en la Corona de los Habsburgo españoles y de Europa en general, rompiendo con el estereotipo dominante en la historiografía occidental de la “barbarie rusa”.

A partir de entonces, los estudios realizados en nuestro país en torno a la historia compartida de España y Rusia en los siglos XVIII y XIX han brillado por su ausencia, con contadas excepciones, como son aquellos dedicados a la política exterior emprendida por el conde de Floridablanca con el Imperio ruso de Catalina II, ya en el último cuarto del siglo XVIII, destacando, entre otros, los estudios de Sánchez Diana, Voltes Bou, Hernández Franco y Alemparte Guerrero.

El equipo capitaneado por Olga Volosyuk nos muestra cómo las relaciones hispano-rusas fueron más intensas de lo que nos pueda parecer a lo largo de todo el Setecientos y Ochocientos, a pesar de ser interrumpidas y suspendidas temporalmente en momentos clave en los que el sistema de alianzas en Europa situó a ambos Estados en bandos opuestos.

En un primer momento, la occidentalización emprendida por Pedro I, el equilibrio de fuerzas en el contexto europeo y la necesidad de revisar las alianzas existentes tras la paz de Utrecht y el fin de la Guerra de Sucesión Española en 1713 fueron las razones del acercamiento entre ambas Cortes, lo que se tradujo en el establecimiento del primer consulado ruso en Cádiz y en el envío a España de un representante diplomático permanente: Serguéi Dmítrievich Golitsin (1722-1726). Desde entonces, los intereses comerciales, proyectos de unión dinástica y matrimonial que nunca llegaron a cuajar y, especialmente, los deseos de la Corte rusa por el reconocimiento del título imperial serían el leitmotiv que seguirían las sucesivas embajadas rusas en Madrid.

Los informes diplomáticos de los ministros rusos en Madrid del siglo XVIII revelan el menor interés que Rusia tenía hacia la Monarquía Hispánica. Por ejemplo, el sucesor de Golitsin como ministro plenipotenciario ruso, Iván Andréievich Scherbátov (1726-1730), enviaba a San Petersburgo constantes informes detallando la decadencia en la que se encontraba España, tanto por la falta de recursos del ejército como por la situación política en general, la notable influencia de Isabel de Farnesio en la Corte y el Gobierno español, etc. Sin embargo, la ruptura del Tratado de Viena (1726), que había unido a España, el Imperio y Rusia frente a las potencias del Tratado de Hannover, la firma del Tratado de Sevilla (1729) como alianza ofensiva y defensiva entre España, Inglaterra y Francia, la alineación de España y Rusia en bandos opuestos durante la Guerra de Sucesión Austríaca y la negativa de Fernando VI a reconocer el título imperial a la zarina Isabel desencadenaron la ruptura de las relaciones diplomáticas hispano-rusas hasta 1760.

El reinado de Carlos III supondría la consolidación del acercamiento con Rusia, después de que el rey español reconociese finalmente el título imperial, primero a Isabel I y después a Catalina II. Hasta cuatro embajadores rusos fueron testigos de los avances que estaba experimentando la España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII: Piotr Ivánovich Repnín (1760-1762), Piotr Alexándrovich Buturlín (1762-1766), Otto Magnus Stackelberg (1766-1771) y Stepán Stepánovich Zinóviev (1772-1794). Si bien las relaciones entre ambos países atravesaron periodos de frialdad y distanciamiento durante esta etapa, motivados por la cuestión de Curlandia, la Guerra de los Siete Años o la Guerra de Sucesión polaca, Catalina II se negaba a renunciar a la posibilidad de establecer un comercio directo con la Monarquía Hispánica, principal cometido de Buturlín en la Corte de Madrid. Stackelberg, por su parte, se centró en describir las tradiciones y costumbres de un país al que halló profundamente retrasado, tanto en lo espiritual, como manifiesta su crítica al importante peso que tenía la Inquisición (“en cuanto a la medida y filosofía, España aún está en el siglo XVI”, decía), como en lo económico.

Sin embargo, el ascenso a la Secretaría de Estado del Conde de Floridablanca, quien impuso un viraje de “interés nacional” de la política exterior española, menos dependiente de la francesa, como se ha estudiado con tanto detenimiento, y la destitución como consejero de Estado de Catalina II de Nikita Panin, quien se oponía a cualquier alianza con los Borbones, comportaron una mejora de las relaciones entre Rusia y España, como se reveló en la declaración de la “Neutralidad Armada” de Catalina II, especialmente ventajosa para España en su guerra contra Inglaterra. Así fueron del interés de Zinóviev las reformas ilustradas de Carlos III, extendidas al ámbito religioso, científico, cultural, económico... con las que llegó a concluir que “no hay otro Estado en el que el Gobierno se haya esforzado tanto para erradicar los abusos y prevaricaciones y combatir la ignorancia”.

No obstante, la muerte de Carlos III y el cambio de rumbo de España tras el estallido de la Revolución Francesa tensaron las relaciones entre ambos Estados hasta declararse la guerra mutuamente en el año 1799 a causa de la crisis de Malta. A pesar de ello, el ascenso al trono ruso de

Alejandro I marcaría el punto de inflexión para la continuidad de las relaciones diplomáticas hispano-rusas a lo largo de todo el siglo XIX. Iván Matvéievich Muravyov-Apóstol (1802-1805), cuyo gran logro durante su embajada en Madrid fue conseguir que el ingeniero Agustín de Betancourt, el “mecánico más sabio no solo en España, sino en Europa”, se trasladase a Rusia, y Grigori Alexándrovich Stróganov (1805-1810) vivieron los acontecimientos dramáticos que conducirían a la Guerra de Independencia. De hecho, la embajada de Stróganov es realmente interesante por transcurrir durante la gran confusión que reinó en España tras el Tratado de Fontainebleau y el motín de Aranjuez. Y es que a pesar de que Rusia se vio obligada, por las condiciones de la Paz de Tilsit (1807), a reconocer a José Bonaparte como rey de España, al estallar la Guerra de Independencia, Stróganov, en contra de las órdenes de San Petersburgo, evitó el reconocimiento oficial del rey francés. Stróganov se convertía así en un testigo del “entusiasmo patriótico” de los españoles contra los franceses. De hecho, el embajador ruso fue el artífice del establecimiento de los contactos secretos entre la Junta Central y el Gobierno Ruso, lo que finalmente concluiría con el Tratado de Velíkiye Luki de 1812, que supuso el reconocimiento ruso a la Constitución y Cortes de Cádiz.

Sin embargo, el peligro existente y la situación de “trono vacío” en España llevaron a Stróganov a abandonar España en contra de las órdenes de San Petersburgo. Pero lejos de causar el enojo del emperador, como bien han resuelto en interpretar los autores de *Diplomáticos rusos en España. 1667-2017*, “a Alejandro I le convenía la ausencia del ministro ruso en Madrid: Rusia cumplía formalmente con todas sus obligaciones frente a Francia y tenía la posibilidad de maniobrar, preparándose para una nueva guerra”.

Tras las Guerras Napoleónicas, Rusia se erigió como uno de los fundadores del nuevo escenario europeo. Es por ello que Rusia se convierte en un aliado codiciado, sobre todo para España, diezmada tras la Guerra de la Independencia y el escaso reconocimiento que se le otorgó en el Congreso de Viena. Para ello, destacaría especialmente el papel desarrollado por el nuevo ministro plenipotenciario ruso en Madrid, el conde Dmitri Pávlovich Tatíshchev (1814-1819), quien se ganó la amistad de Fernando VII, ejerciendo una notable influencia sobre él en la dirección de los asuntos españoles. La relación fue tal que provocó los recelos del resto de diplomáticos, quienes no dudaban en considerarle un confidente del rey español y miembro de la camarilla. A pesar de que nunca antes Rusia había sido tan determinante para el devenir español, la Corte de San Petersburgo decidió apartar a Tatíshchev de Madrid debido a la “excesiva simpatía del rey”.

Por ello, tras Tatíshchev, nos encontramos con una Rusia que mandó a Madrid ministros para que ejecutaran y defendieran los intereses rusos y las ideas conservadoras. Ejemplo de ello fue Piotr Yákovlevich Oubril (1824-1836), quien vivió el retorno del absolutismo español tras el Trienio Liberal y cuya misión principal, al igual que tenía Tatíshchev, era frenar las intenciones ultraconservadoras del Gobierno español, tratar de suavizar la represión y

poner fin a la persecución de liberales, pues “cualquier manifestación de descontento social era percibida por Rusia y las potencias absolutistas de la Santa Alianza como una amenaza del orden que habían restablecido”. Si bien la respuesta de Madrid a la injerencia rusa en sus asuntos internos fue indiferente, sobre todo en lo referido a la cuestión de las colonias españolas en América, la crisis sucesoria originada en España por la cuestión carlista enturbiaría de manera definitiva las relaciones hispano-rusas. Así descubrimos por medio de la lectura de los informes y despachos de Oubril a San Petersburgo las inclinaciones carlistas de Rusia, que se manifestaron explícitamente tras la promulgación en 1836 de la regente María Cristina de la Constitución de 1812, lo que provocó la ruptura de relaciones diplomáticas entre Rusia y España por más de 20 años, tiempo tras el cual Alejandro II accedió al reconocimiento oficial de Isabel II como reina legítima de España.

Desde entonces, el principio básico que siguió Rusia en su vínculo con España fue el de la no intervención en sus asuntos internos, salvo para “brindar apoyo moral al poder autocrático en este país”. Tales fueron las misiones de los ministros rusos en España, el príncipe Mijaíl Alexándrovich Golitsin (1856-1860), Ernest Gustávovich Stackelberg (1861-1862) y Alexánder Nikítich Volkonski (1862-1870). Así, encontramos por medio de la amena lectura de *Diplomáticos rusos en España* cómo Rusia, aliada con la Francia de Napoleón III, deseaba que España “volviese a ocupar en Europa el lugar que le corresponde, considerando su historia y posición geográfica”. Por ello, la estabilidad fue la norma dominante entre ambas monarquías durante el resto del siglo XIX.

Ni tan siquiera la revolución de 1868 y el destronamiento de Isabel II provocaron la ruptura diplomática entre Rusia y España, como manifiesta el reconocimiento inmediato del emperador ruso a Amadeo I de Saboya. De hecho, el objetivo de la Corte de San Petersburgo, tal y como aparecía reflejado en las instrucciones dadas al nuevo ministro plenipotencia ruso, Cristian Emeliánovich Kudryavski (1871-1878), era que “la nueva dinastía afirme su poder en España y le traiga orden y tranquilidad al país, sin lo cual es imposible ningún tipo de bienestar”.

Sin embargo, la abdicación de Amadeo y la proclamación de la República llevaron a España a un estado de aislamiento internacional, también por parte de Rusia, que, como tantos otros Estados europeos, se limitó a mantener relaciones meramente “semioficiales”. No obstante, en el momento en el que la monarquía fue instaurada bajo el nombre de Alfonso XII, Rusia fue la primera de las potencias europeas en reconocerle como rey de España. A partir de entonces, descubrimos en la lectura cómo las relaciones entre Madrid y San Petersburgo se vieron determinadas por el carácter monárquico de ambos países, sobre todo en el contexto en el que el movimiento obrero en Europa durante la década de 1870 había obligado a todos los monarcas europeos a buscar vías para unir esfuerzos y luchar por conservar su *status quo*. Así, con Mijaíl Alexándrovich Gorchakov (1879-1896) como embajador ruso en Madrid, se firmaron acuerdos de gran relevancia (Convenio de atribuciones consulares, Tratado de comercio y navegación, Convenio de intervención testamentaria y Convenio de

extradición de criminales) y, por fin, España decretaba la apertura de la Embajada española en San Petersburgo (1 de marzo de 1875), reflejo de la consolidación de las relaciones diplomáticas.

A pesar de las dificultades vividas tanto en España como en Rusia a finales del siglo XIX y principios del XX, las relaciones entre ambos países eran “amistosas” y “cordiales”, aunque, como señalan los autores, los contactos bilaterales eran más bien esporádicos y protocolarios, y los intercambios comerciales de escasa entidad. En el contexto del “Desastre de 1898”, Rusia, que se mantuvo neutral, envió como embajador a España a un diplomático experto, Dmitri Égorevich Shevich (1896-1905), figura fundamental para el incremento de las relaciones culturales entre ambos países y testigo de cómo, a pesar de las derrotas militares, “la sociedad [española] se acostumbraba a la guerra... El ruido de los bombardeos no llega, aparentemente, hasta Madrid. Sus ciudadanos continúan divirtiéndose en teatros y corridas, como si no pasara nada”.

Pero la necesidad de salir del aislamiento internacional tras el “Desastre de 1898” llevaron al Gobierno español y al joven Alfonso XIII a tratar de acercarse más al Gobierno ruso, sobre todo a partir de la formación de la Triple Entente. En este sentido, jugaron un papel esencial los embajadores rusos en Madrid, Artur Pávlovich Cassini (1905-1909) y Fiódor Andréievich Búdberg (1909-1916), cuya valoración sobre la España de 1912 era reflejo de un Estado en franca decadencia: “España en sí, por supuesto, no es suficientemente potente para que la unión con ella pueda beneficiar a alguien”.

No obstante, al estallar la Gran Guerra, España, que se declaró neutral, se convirtió en una pieza fundamental, según destaca el libro, como consecuencia del apoyo que Alfonso XIII y la reina madre María Cristina prestaron para la protección de prisioneros de guerra, lo que valió al Palacio Real de Madrid el apelativo de “templo de la misericordia”. De hecho, en este contexto, descubrimos cómo aumentaron las relaciones entre la Monarquía española y la Embajada de Rusia, encabezada a partir de marzo de 1916 por Iván Alexándrovich Kudáshev (1916-1917), quien tuvo que hacer frente desde Madrid a las noticias de las revoluciones que estallaron en Rusia a partir de febrero de 1917 y que provocarían la caída de Nicolás II, cuestión de enorme preocupación para Alfonso XIII, tal y como recogió el embajador ruso en sus informes.

Si bien España reconoció al Gobierno Provisional ruso, Alfonso XIII se mostró escéptico ante la nueva situación del país, temeroso de que las ideas revolucionarias llegaran a España. Así, en la misma ceremonia de bienvenida del nuevo embajador ruso, Anatoli Vasílevich Nekliúdob (1917), el rey español reclamó la libertad de los Romanov, quienes serían asesinados el 17 de julio de 1918. De hecho, tras la Revolución de Octubre, el Gobierno español se negó a reconocer a los bolcheviques y, finalmente, se suspendieron las relaciones diplomáticas entre Rusia y España. No obstante, Rusia no era el único país que estaba viviendo momentos de tensión. Nekliúdob llegó a una España sumida en una crisis político-social, localizada

principalmente en Barcelona: detención de los oficiales de la Junta de Defensa, la Asamblea de Parlamentarios y la huelga general revolucionaria, cuestiones de especial relevancia para Petrogrado.

Caída la Monarquía y proclamada la II República en España, se reanudaron las relaciones diplomáticas con Rusia, sobre todo a partir del ascenso del Frente Popular en el Gobierno español. Para ello, la URSS nombró a Marcel Isráilevich Rosenberg (1936-1937) como su representante político en la España de la Guerra Civil, conflicto en el que la URSS no dudó en intervenir, prestando ayuda militar y apoyo político al Gobierno español. Sin embargo, el retrato que hacen los autores de la obra de este periodo es el de una URSS poco solidaria con el bando republicano, rompiendo con los mitos existentes en muchos trabajos publicados.

A partir de la victoria del bando Nacional y el régimen impuesto por Franco, España y la URSS no entablaron relaciones diplomáticas, si bien existieron colaboraciones en distintos ámbitos, como indica *Diplomáticos rusos en España*. Sin embargo, habría que esperar a la muerte del dictador para la reanudación de las relaciones entre ambos países. Así, desde el 19 de febrero de 1977 hasta el 9 de octubre de 1978, Serguéi Bogomólov, embajador de la URSS en Madrid, lucharía por mejorar la imagen de su país y superar las supersticiones ideológicas existentes en la España de la Transición. A pesar de su corta estancia en nuestro país, Bogomólov construyó las relaciones diplomáticas hispano-soviéticas empezando desde cero, preparando acuerdos entre ambos países en los ámbitos comercial, económico, científico, técnico y cultural, que se llevarían a cabo en las siguientes décadas.

A partir de entonces, *Diplomáticos rusos en España* se detiene a detallar los acuerdos y visitas que entre los mandatarios de Rusia y España han tenido lugar en los últimos 40 años, poniendo el foco en los sucesivos embajadores rusos en Madrid como partícipes y protagonistas de la cada vez más estrecha colaboración en todos los sentidos entre ambos países: desde Yuri Vladímirovich Dubinin (1978-1986), Serguéi Kalistrátovich Romanovski (1986-1991), Ígor Serguéevich Ivanov (1991-1994), Víctor Gueórguievich Kompléktov (1994-1999), Borís Grigórievich Maiorski (1999-2002), Mijaíl Leonídovich Kamynin (2002-2005), Alexánder Ígorevich Kuznetsov (2005-2012) hasta el actual embajador, Yuri Petróvich Korchaguin (2012-actualidad). No obstante, es preciso señalar cómo la publicación cae en este apartado de la historia reciente de las relaciones hispano-rusas en un cierto *buenismo*, al no atender ni profundizar en las crisis diplomáticas que han ocurrido en las últimas décadas, ya sea la cuestión del espionaje del año 2010 que llevó a España a expulsar a varios diplomáticos rusos o la crisis de Crimea que ha dificultado las relaciones de los países de la Unión Europea con Rusia desde entonces, entre los acontecimientos más recientes. A pesar de esta circunstancia, la publicación demuestra cómo ambos Estados han mantenido una intensa relación diplomática, comercial, cultural, etc. desde que en 1977 se reencontraran.

Pese a que la historia de la diplomacia es uno de los campos tradicionales en la ciencia histórica, en la historia de las relaciones hispano-rusas todavía quedan muchos problemas por estudiar. Sin embargo, *Diplomáticos rusos en España. 1667-2017* demuestra ser una obra novedosa, tanto por su metodología como por el tema que aborda, que trata de llenar un vacío existente hasta entonces, complementando los trabajos de Schop Soler y Espadas Burgos. Y lo hace en un año, como es el 2017, en el que se celebra un doble aniversario: los 350 años de la primera embajada rusa en España y los 40 años desde el restablecimiento o “establecimiento”, como lo aborda la publicación, de las relaciones diplomáticas entre Rusia y España.

Si Huerta González se preguntaba en su trabajo *La Europa periférica. Rusia y España ante el fenómeno de la modernidad*, “¿Dónde está la diferencia rusa y española? ¿Son realmente culturas anacrónicas, irracionales en el contexto europeo?, o por el contrario, ¿representan una experiencia histórica de la razón que nos puede llevar a una nueva definición de Europa?”, la obra dirigida por Olga Volosyuk ha conseguido demostrar cómo la historia de los contactos diplomáticos entre España y Rusia “es una experiencia de superación de los prejuicios recíprocos, una búsqueda de las vías hacia uno y otro, basadas en la comprensión paulatina de la comunidad de intereses y en la importancia de la colaboración”.

Como manifestaba Espadas Burgos en la introducción del *Corpus diplomático hispano-ruso (1667-1799)*:

una de las formas más eficaces para el acercamiento de dos pueblos es el conocimiento recíproco de su historia, como consecuencia de un esfuerzo común en la investigación de sus contactos, sus relaciones y aun sus conflictos y disensiones en el pasado. Conocer y asumir cuanto de común existe en la historia de dos pueblos es el mejor tributo al pasado histórico de ambos un esperanzador camino para asentar un presente y diseñar un futuro de colaboración y amistad.

Y *Diplomáticos rusos en España. 1667-2017* es reflejo de esta forma de trabajo y de concebir la historia.